

- COLECCIÓN METAFÍSICA -
RAÚL MICELI

El Sermón del Monte

Emmet Fox



Editrice Italica

- Collezione Metafisica -
RAÚL MICELI

El Sermón del Monte

Emmet Fox



Editrice Itálica

El sermón del Monte

Autor: Emmet Fox

Copyright - Todos los derechos reservados

Ediciones Itálica - 2022

ISBN: 978-88-6324-221-8

Corrección y compaginación: Pablo Cori

Diseño de portada: Pablo Cori

Están prohibidos el uso, incluso parcial, y la reproducción.

El único objetivo de esta edición es el beneficio de todo el estudiantado de Metafísica. Lo recaudado de la venta de éste y otros libros, se colocará en un Fondo para Publicaciones de Materiales de Estudio para los Grupos de Metafísica. Todos los derechos están reservados. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede reproducirse, transmitirse o almacenarse en un sistema de recuperación de datos de ninguna manera ni por ningún medio, ya sea mecánico, electrónico, digital, químico, óptico, fonográfico, ni puede ser fotocopiado sin permiso previo por escrito del editor.

Ediciones Itálica

Tel.: (+39) 02 36503124, Cel.: (+39) 348 0669829

raulmicieli71@gmail.com

raulmicieli@metafisicaitalica.it

Facebook "Metafísica Saint Germain ES"

www.metafisicasaintgermain.com

Prefacio

Este libro es la esencia cristalizada de largos años de estudios bíblicos y metafísicos, y de las muchas conferencias que he ofrecido. Ciertamente hubiera sido tarea más fácil escribir una obra de mayor amplitud; pero mi objeto ha sido presentar al lector un manual práctico de desarrollo espiritual, y con tal fin he condensado todo lo posible la materia porque, como sabe muy bien todo estudiante, la concisión es indispensable para lograr el dominio de cualquier asunto.

No piense nadie que es posible asimilar todo el contenido del libro mediante una o dos lecturas únicamente. Es necesario repasarlo muchas veces para comprender a fondo el sentido completamente nuevo de la vida y la gama de valores absolutamente originales que el Sermón del Monte presenta a la humanidad. Sólo entonces se experimentará el Nuevo Nacimiento.

El estudio de la Biblia tiene cierto parecido con la búsqueda de diamantes en el África del Sur. Al principio los exploradores encontraban sólo unos pocos en el barro amarillo, felicitándose por su buena fortuna, aun persuadidos de que sería eso todo lo que hallarían. Luego, a medida que iban cavando, llegaron al barro azul y quedaron maravillados al encontrar en un día tantas piedras preciosas como las que antes habían obtenido en un año, y lo que antes les había

parecido gran riqueza resultó insignificante en presencia del nuevo tesoro.

De igual manera, querido lector, al buscar la Verdad en la Biblia, procura no quedar satisfecho ante los primeros descubrimientos espirituales, sino mas bien sigue hasta dar con el rico barro azul que se halla en el fondo. La Biblia, sin embargo, difiere de los terrenos diamantíferos, por el hecho sublime de que debajo del barro azul quedan en ella todavía más y más estratos, y estratos cada vez más ricos que esperan el contacto de la percepción espiritual, para toda la eternidad.

Sobre todo, mi buen lector, al leer la Biblia, afirma constantemente que la Sabiduría Divina te va iluminando. Tal es el único modo de recibir la inspiración del Todopoderoso.

He seguido la conveniente práctica moderna a que se acomodan muchos autores de libros metafísicos, la cual es usar letra mayúscula en ciertos términos que representan aspectos o atributos de Dios.

¿Qué enseñó Jesús?

Jesucristo es sin duda la figura mas importante que jamás haya aparecido en la historia del mundo. Esto hemos de admitirlo no importa cómo le consideremos. Ello es verdad así le llamemos Dios y hombre; y, si hombre, ya le consideremos como el más grande Profeta o Maestro del mundo, o meramente como un bienintencionado fanático que, después de una efímera y tempestuosa vida pública, sufrió el dolor, la ruina y el fracaso.

Sea como fuere nuestra interpretación, quedará el hecho incontrovertible de que su vida y su muerte, así como las enseñanzas que se le atribuyen han cambiado el curso de la historia más que las de cualquier otro hombre que jamás haya vivido. Mucho más de lo que hicieron Alejandro o César, o Carlomagno, o Napoleón o Washington. Más vidas reciben la influencia de sus doctrinas, o al menos de las que se le atribuyen; se escriben, leen y compran más libros acerca de Él; se pronuncia más discursos o sermones sobre su persona que sobre todos los nombres mencionados puestos juntos.

Haber sido la inspiración religiosa de toda la raza europea durante los dos milenios en que esa raza ha dominado y moldeado los destinos del mundo cultural y socialmente, tanto como políticamente, y durante el período en que toda la superficie terrestre fue por fin descubierta y ocupada y sus rasgos salientes

trazados por la civilización, esto sólo lo coloca a Él en el primer puesto de la importancia mundial. No hay, por lo tanto, empresa mas elevada que la de inquirir e investigar acerca de Sus ideales.

¿Qué enseñó Jesús? ¿Qué quiso Él verdaderamente que creyésemos e hiciésemos? ¿Cuáles fueron los fines que se propuso? Y ¿hasta qué punto logró cumplir estos fines con Su vida y con Su muerte? ¿Hasta qué punto ha expresado o representado Sus ideas el movimiento llamado cristianismo, tal como ha existido durante los últimos diecinueve siglos? ¿Qué alcance tiene el mensaje que el cristianismo de hoy presenta al mundo? Si Él volviese ahora, ¿qué diría, en general, de las naciones que se llaman cristianas, y en particular de las iglesias cristianas –de los anglicanos, los bautistas, los católico-romanos, los griegos ortodoxos, los metodistas, los presbiterianos, los cuáqueros, los salvacionistas, los adventistas o los unitarios? ¿Qué fue lo que enseñó Jesús?

Esta es la pregunta que me he propuesto responder en este libro. Me propongo demostrar que el mensaje que nos trajo Jesús tiene un valor único porque es la Verdad, la única explicación perfecta de la naturaleza de Dios y del hombre, de la vida y del mundo, así como de la interdependencia que entre ellos existe.

Y lo que es más, encontraremos que Su enseñanza no es una mera apreciación del universo, lo cual sólo tendría un interés académico, sino que constituye un método práctico para el desarrollo del alma, un método que nos sirve para reformar la vida y orientar nuestro destino, de manera que podamos hacer de ellos lo que queramos.

Jesús nos explica lo que es la naturaleza de Dios y lo que es nuestra propia naturaleza; nos declara la significación de la vida y de la muerte; nos enseña por qué cometemos errores; por qué caemos en la tentación; por qué nos enfermamos, y empobrecemos, y nos ponemos viejos; y, lo que es más importante aún, nos dice cómo todos estos males pueden ser vencidos, y cómo podemos traer salud, felicidad, y prosperidad verdadera a nuestra vida y a la vida de los que nos rodean, si ellos lo desean realmente.

Lo primero que tenemos que comprender es un hecho de importancia fundamental, porque significa romper con los corrientes puntos de vista de la ortodoxia. La verdad es que Jesús no enseñó teología alguna. Su enseñanza es enteramente espiritual o metafísica. El cristianismo histórico, desafortunadamente, ha puesto su mayor atención en las cuestiones teológicas y doctrinales, las que, por extraño que parezca, no tienen nada que ver con la enseñanza evangélica en sí.

Mucha gente sencilla se sorprenderá al comprobar que todas las doctrinas y teologías de las iglesias son invenciones humanas, nacidas en la mente de sus autores e impuestas a la Biblia desde afuera. Pero tal es el caso. *No hay absolutamente ningún sistema teológico o doctrinal que pueda ser hallado en la Biblia; sencillamente ninguno.* Personas honradas que sintieron la necesidad de cierta explicación intelectual de la vida, creyendo también que la Biblia era una revelación de Dios al hombre, llegaron a la conclusión de que una debía encontrarse dentro de la otra, y luego, más o menos inconscientemente, se pusieron a crear aquello que querían encontrar. Pero les faltaba la llave espiritual y metafísica. No estaban afirmados sobre lo que podemos llamar Base Espiritual, y consecuentemente buscaron una explicación de la vida puramente intelectual o tridimensional, y es imposible explicar la vida con semejante criterio.

La explicación cabal de la vida del hombre descansa en el hecho de su entidad, esencialmente espiritual y eterna, y en que este mundo y la vida que intelectualmente conocemos, no son más que lo que muestra un corte seccionado de la verdad completa acerca de él; y un corte seccionado de cualquier cosa –sea una máquina o un caballo– no puede darnos ni aun una explicación parcial de lo que es el todo.

Mirando a un rinconcito del universo –y eso con ojos entreabiertos– y colocándose en un plano exclusivamente antropocéntrico y geocéntrico,

los hombres han creado absurdas y muy horribles fábulas acerca de un Dios limitado y semejante al hombre, quien rige su universo tal como un reyezuelo oriental, más bien ignorante y bárbaro, manejaría los negocios de su pequeño reino. A este ser así creado se le atribuyen toda suerte de flaquezas humanas, tales como la vanidad, la inconstancia, y el rencor. Luego surgió una leyenda forzada y muy inconsistente acerca del pecado original, la expiación vicaria por la sangre, el castigo infinito por transgresiones finitas, y, en ciertos casos, se añadió una doctrina indeciblemente horrible de la predestinación al tormento eterno o a la felicidad eterna. La Biblia no enseña ninguna teoría semejante. Y si estuviera en los objetivos de la Biblia sostener tal cosa, ello aparecería claramente expuesto en algún capítulo u otro, empero no es así.

El “Plan de Salvación” que figuraba con tanta prominencia en los sermones evangélicos y en los libros de teología de la pasada generación, es tan desconocido a la Biblia como lo es al Corán. Nunca hubo tal arreglo en el universo, y la Biblia no lo expone en ninguna manera. Lo que ha sucedido es que algunos textos oscuros del Génesis, ciertas frases sacadas acá y allá de las cartas de San Pablo y unos cuantos versos aislados de otras partes de las Sagradas Escrituras, han sido entresacados y reunidos por los teólogos para sostener la clase de doctrina que a su parecer debería encontrarse

en la Biblia. Jesús desconocía todo esto. Claro está que Él no es en manera alguna un iluso optimista. Nos advierte, no ya una vez sino muchas, que la obstinación en el pecado trae en verdad muy serias consecuencias, y que el hombre que perdiera la integridad de su alma, aun cuando ganare el mundo entero, resulta extremadamente necio. Por otra parte Él nos enseña que somos castigados a causa de nuestros propios errores, o mejor aún, son nuestros propios errores los que nos castigan; nos enseña también Jesús que cada hombre o mujer, por engeguedos que estén en lo impuro y malo, tienen acceso directo a un Dios de misericordia, paternal y todopoderoso, quien los perdonará y les proporcionará Su propia fortaleza para ayudarles a descubrirse de nuevo a sí mismos –y hasta “setenta veces siete”, si fuese necesario.

Jesús ha sido también mal comprendido y mal representado en varias otras maneras. Por ejemplo, no hay ningún fundamento en su enseñanza sobre el cual establecer determinada forma de clericalismo, jerarquía de oficiales, o tal o cual sistema ritualista. Él no autorizó semejante cosa, y, en efecto, toda la tonalidad de su pensamiento es definitivamente anticlerical. A través de toda su vida pública lo vemos enfrentado a los clérigos y demás oficiales religiosos de su propio país.

Por eso ellos se le opusieron y lo persiguieron después, llevados por un instinto de propia preservación –instintivamente sintieron que la Verdad, tal como Él la exponía, anunciaba el fin de su poderío, y finalmente le hicieron matar. Él pasó por alto completamente la pretendida autoridad de ellos como representantes de Dios; y para su ritual y ceremonias no mostró otra cosa que impaciencia y desprecio.

Parece que, en materia religiosa, la naturaleza humana está predispuesta a creer aquello que quiere, más bien que tomarse el trabajo de escudriñar las Escrituras en receptiva posición mental. Hombres realmente sinceros, por ejemplo, se han abrogado el papel de guías del cristianismo con los más imponentes y presuntuosos títulos, y después se han vestido de hábitos elaborados y magníficos para impresionar así a las gentes, pese a que su Maestro, en el más claro lenguaje, ordenó estrictamente a Sus discípulos que no hiciesen nada de eso. “Mas vosotros no queráis ser llamados Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo; y todos vosotros sois hermanos”. Y denunció a los fariseos como hipócritas porque “Aman los primeros asientos en las cenas y las primeras sillas en las sinagogas”, y porque “Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres”.

Jesús, como más adelante veremos, no sancionó nunca la importancia de ceremonias rituales, ni de

leyes rígidas, ni de ordenanzas severas de ninguna clase.

En lo que sí insistió fue en que cierto espíritu prevaleciera en la conducta de uno, siendo cuidadoso en enseñar sólo *principios*, sabedor de que cuando el espíritu es recto los detalles lo serán en consecuencia; y que en verdad, “la letra mata, mas el espíritu da vida”, según lo demostraba claramente el triste ejemplo de los fariseos. Sin embargo, a pesar de esto, la historia del cristianismo ortodoxo se compone en su mayor parte de esfuerzos encaminados a hacer observar a los fieles toda clase de ritos externos.

Un ejemplo de esto lo tenemos en los puritanos, al querer imponer a los cristianos el sábado de los judíos como día de descanso, no obstante que las leyes sabáticas eran una ordenanza puramente hebraica, y los castigos crueles sufridos por los que las menospreciaban concernían exclusivamente a la profanación del sábado; y a pesar del hecho de que Jesús no miraba con simpatía la observancia supersticiosa del sábado, diciendo que el sábado fue hecho para el hombre y no el hombre para el sábado, y haciendo énfasis en hacer cualquier cosa que creyera oportuno en ese día. A través de su enseñanza se advierte claramente que el hombre debe hacer de cada día un sábado espiritual, pensando y conduciéndose de una manera espiritual.

Es obvio, pues, que si el sábado hebreo fuera todavía impuesto a los cristianos, como éstos no guardan su observancia sino la del domingo, aun estarían incurriendo en las mismas consecuencias legales de quebrantarlo.

Muchos cristianos modernos, sin embargo, se dan cuenta de que no hay ningún sistema de teología en la Biblia, a menos que se quiera ponerlo allí deliberadamente, y prácticamente han renunciado por completo a la teología; pero todavía cuentan con el cristianismo porque sienten intuitivamente que es la verdad. En realidad su actitud carece de justificación lógica puesto que no poseen la Llave Espiritual, única cosa que hace inteligible la enseñanza de Jesús, y por eso tratan de justificar su actitud de diversas maneras. Tal es el dilema de quien no posee ni la ciega fe de la ortodoxia, ni la interpretación espiritual y científica de la Biblia. Se encuentra sin sostén en todo aquello que no pertenece a la vieja escuela unitaria. Si no rechaza del todo los milagros, siente gran inquietud acerca de ellos; le desconciertan y quisiera que no apareciesen en la Biblia, alegrándose si los pudiera echar de lado.

Un bien conocido clérigo ha publicado recientemente una “Vida de Jesús” que ejemplifica cabalmente lo falso de esta posición. En este libro el autor concede la posibilidad de que Jesús curase a algunas personas o les ayudase a curarse a sí mismas; pero nada más. Niega de plano los otros milagros.

Según él éstos no fueron más que las acostumbradas leyendas que se forman alrededor de todos los grandes personajes de la historia. Cuando ocurría la tempestad en el lago, por ejemplo, los discípulos se hallaban en extremo asustados, hasta que se acordaron de Jesús, y este pensamiento solamente sirvió para calmar sus temores. Este hecho fue exagerado más tarde hasta convertirse en una historia absurda que describía a Jesús mismo andando sobre las aguas para acercarse al barco. En otra ocasión, sigue el mismo autor, parece que Jesús reformó a un pecador, levantándole de una sepultura de pecados, y esto, años después, llegó a ser una leyenda ridícula en que se relata la resurrección de un muerto. Otra noche mientras Jesús oraba fervorosamente su rostro se iluminó con extraordinario resplandor, y Pedro, que se había dormido, despertó sobresaltado; años después Pedro refería, en un cuento confuso, como le pareció ver a Moisés en aquella ocasión. Así se creó la leyenda de la Transfiguración, y tal es el origen de otros y otros ejemplos semejantes.

Por supuesto, debemos oír con compasión los argumentos sinceros de un hombre que se halla impresionado por la belleza y el misterios de los Evangelios, pero quien, faltándole la Llave Espiritual, cree sentir que su sentido común y toda la erudición científica de los hombres están en contradicción con el contenido de esos Evangelios.

Pero tal actitud no nos lleva a ninguna parte. Si los milagros no sucedieron realmente, todo el resto de los Evangelios pierde su significación. Si Jesús no creyó que fuesen posibles, tratando de llevarlos a cabo – nunca, es cierto, por ostentación, pero sí constante y repetidamente–, si Él no creyó y enseñó muchas cosas en franca contradicción con la filosofía racionalista de los siglos dieciocho y diecinueve, entonces el mensaje de los Evangelios es caótico, contradictorio y carece de todo significado.

No podemos eludir este dilema diciendo que Jesús no estaba interesado en las creencias y supersticiones de su tiempo, y que las aceptó más o menos pasivamente porque lo que le interesaba en verdad era *el carácter*, vale decir, el individuo. Tal argumento es pobre, porque este carácter o individualidad debe incluir una comprensión de la vida inteligente y vital a la vez. Así mismo debe incluir ciertas creencias y convicciones definidas acerca de las cosas de importancia valedera.

Pero los milagros sí sucedieron. Todos los hechos que los cuatro Evangelios relatan de Jesús sucedieron, y muchos más, “que si se escribiesen cada uno por sí, ni aun en el mundo pienso que cabrían los libros que se habrían de escribir”. Jesús mismo justificó con sus obras lo que la gente estimó ser una extraña y maravillosa enseñanza; pero Él fue aun más lejos, y refiriéndose a quienes siguieran

y practicarán su doctrina, dijo: “Las obras que yo hago también él las hará, y mayores que éstas hará”.

Después de todo, ¿qué es un milagro? Los que niegan la posibilidad de los milagros, apoyándose en el argumento de que el universo es un sistema de leyes que funcionan perfectamente sin que quepa el más mínimo fallo, están en lo cierto. Pero ellos olvidan que el mundo que conocemos a través de los cinco sentidos, y cuyas leyes son las únicas conocidas por la mayoría de los hombres, no es más que un pequeñísimo fragmento de todo el universo existente en la realidad, y que cada ley está subordinada a otra superior en un sentido de menor a mayor. Ahora bien, el recurrir de una ley inferior a otra superior no es realmente quebrantar la ley, porque la posibilidad de tal cosa cabe dentro de la constitución suprema del universo. Por eso, en el sentido correcto de lo que la violación de una ley implica, los milagros no son posibles. Empero en el sentido de que todas las leyes ordinarias y las limitaciones corrientes de lo físico pueden ser abrogadas y contrarrestadas por algo más alto que las comprenda, los milagros, en el significado familiar de la palabra, no solamente son posibles sino que en verdad ocurren.

Supongamos, por ejemplo, que un lunes nuestros asuntos se encuentran en tal condición que, humanamente hablando, es seguro que antes que la semana termine se producirán determinadas consecuencias.

Pueden ser cuestiones legales, acaso alguna dura resolución judicial; o pueden ser desarreglos físicos en nuestra salud corporal. Puede que una alta autoridad médica haya decidido que es indispensable una operación muy delicada, o aun más, que estime su deber decir al paciente que no hay esperanzas de que recobre su salud. Ahora bien, si en presencia de tales condiciones el sujeto en cuestión puede levantar su conciencia por encima de las limitaciones del plano físico –lo cual no es más que una enunciación científica de lo que hacemos cuando oramos– las condiciones de ese plano serán cambiadas, y de un modo totalmente imprevisto e imposible normalmente, las trágicas consecuencias esperadas se desvanecerán; la sentencia legal no se pronunciará, el paciente se recobrará en lugar de tener que sufrir la operación o de morir, y todo se arreglará para el provecho de todos.

En otras palabras, los milagros, en el sentido corriente de la palabra, pueden suceder y, en efecto, suelen suceder como resultado de la oración. *La oración tiene realmente el poder de cambiar las cosas.* Sí, gracias a la oración, las cosas pueden venir en forma muy diferente a como hubieran venido de no haberse orado. No importa cuál sea la dificultad que confrontamos; no importan las causas que la hayan producido. Suficiente oración quitará la dificultad; solamente que seamos perseverantes en nuestra apelación a Dios.

La oración, sin embargo, es al mismo tiempo una ciencia y un arte; y fue a la enseñanza de esta ciencia y de este arte que Jesús dedicó la mayor parte de su ministerio. Los milagros de los Evangelios sucedieron porque Jesús tenía aquella comprensión espiritual que le daba un poder en la oración superior al que nadie haya tenido jamás.

Hay otro intento de interpretar los Evangelios digno de tomarse en cuenta, el de Tolstoi. Él trató de presentar El Sermón del Monte como una guía práctica de vida, tomando sus preceptos literalmente y pasando por alto la interpretación espiritual que ignoraba; asimismo hizo exclusión del Plano del Espíritu en el cual no creía. Aceptando de la Biblia sólo los cuatro Evangelios y suprimiendo de ellos los milagros, hizo un esfuerzo tan heroico como vano de armonizar cristianismo y materialismo, y, por supuesto, fracasó.

Su verdadero lugar en la historia resulta así no el del fundador de un nuevo movimiento religioso, sino el del genio cuyo anarquismo práctico abrió el camino a la Revolución Bolchevique, tal como Rousseau preparó el advenimiento de la Revolución Francesa.

Es la Llave Espiritual lo que revela el misterio del contenido de la Biblia en general, y de los Evangelios en particular. Es esa Llave o interpretación espiritual lo que nos explica los milagros, y nos muestra cómo Jesús los hizo para probarnos que nosotros

también podíamos hacerlos y librarnos así del pecado, de la enfermedad y de las limitaciones. Con esa Llave podemos prescindir de las inspiraciones de la elocuencia, y deshacernos de interpretaciones literales y supersticiosas de la Biblia, y no obstante entender que es ella el máspreciado y auténtico tesoro que posee la humanidad.

A primera vista la Biblia es una colección de documentos inspirados que fueron escritos a través de siglos por hombres de todos los tipos y en circunstancias diversas. Son muy contados los documentos originales que han llegado a nosotros; en su mayoría son redacciones y compilaciones de fragmentos más viejos, y el nombre de los autores rara vez se sabe con seguridad. Esto, no obstante, no afecta en lo más mínimo el contenido Espiritual de la Biblia; en realidad carece de importancia. El libro tal como lo tenemos es una fuente inagotable de la Verdad Espiritual, no importan los caminos por los que ha llegado a su forma presente. El nombre del autor de un capítulo cualquiera, no tiene más interés que el de su amanuense a quien tal vez le hubiera dictado. La Sabiduría Divina es el autor, y eso es todo lo que nos importa. La exégesis o alta crítica se ocupa exclusivamente del aspecto externo, de la letra de las Escrituras, pasando por alto su contenido profundo, y tal crítica carece de valor desde el punto de vista espiritual.

El mensaje profundo de la Biblia nos es presentado a través de formas diversas: historia, biografía, así como lírica y otras formas poéticas; pero sobre todo se emplea la parábola para expresar la verdad espiritual y metafísica. En ciertos casos lo que nunca se destinó a ser más que una parábola, fue interpretado literalmente durante algún tiempo; de aquí que a menudo haya parecido que la Biblia enseña cosas en completa contradicción con el sentido común. Un ejemplo de esto lo tenemos en la historia de Adán y Eva en el Jardín del Edén. Interpretado espiritualmente este relato es tal vez la más maravillosa de todas las parábolas. No fue el objeto del autor presentar esta historia como verídica, pero muchos la han tomado así, dando origen a toda una serie de absurdas consecuencias.

La Llave o interpretación espiritual de la Biblia nos libra de todas estas dificultades, dilemas y aparentes inconsistencias. Al mismo tiempo nos evita caer en las falsas posiciones del ritualismo, del evangelismo y también del llamado liberalismo, porque ella nos da la Verdad. Y la Verdad viene a ser nada menos que la sorprendente pero innegable realidad de que todo el mundo exterior –sea el cuerpo físico o las cosas comunes de la vida, los vientos y la lluvia, las nubes, la tierra misma– está sujeto al pensamiento del hombre, y que él puede dominarlo cuando adquiere conciencia de ello.

El mundo exterior, lejos de ser una prisión de circunstancias como comúnmente se le supone, no tiene en realidad ningún carácter propio, ni bueno ni malo. Su carácter es ni más ni menos que el que nuestros pensamientos le dan. Es plástico a nuestro pensar, cuya forma toma, y ello es cierto entendámoslo o no, querámoslo o no.

Los pensamientos que a lo largo del día ocupan nuestra mente, el “Lugar Secreto”, como Jesús lo llama, están modelando nuestro destino hacia lo bueno o hacia lo malo. Verdaderamente toda la experiencia de nuestra vida no es más que la proyección externa de nuestro pensamiento.

Ahora bien, está en nosotros elegir la clase de pensamientos que albergamos en nuestro receptáculo mental. Acaso sea difícil cambiar el rumbo ordinario de nuestro vicioso modo de pensar, pero es posible y puede hacerse. Podemos escoger la índole de nuestros pensamientos –en efecto, siempre lo hacemos así– por consiguiente nuestras vidas son justamente el resultado de nuestra selección mental; son por lo tanto la hechura de lo que nosotros mismos hemos dispuesto, y por lo tanto existe perfecta justicia en el universo. No existen sufrimientos como consecuencia del pecado original de otro, sino que recogemos la cosecha que nosotros mismos hemos sembrado.

Poseemos libre albedrío, pero este albedrío descansa en nuestra selección mental.

Tal es la esencia de lo que Jesús enseñó. Ello es como veremos, el mensaje fundamental de toda la Biblia, pero no está expresado con igual claridad a través de toda ella. En las primeras porciones del libro brilla tenuemente como la luz de una lámpara envuelta en velos, pero a medida que pasa el tiempo los velos van desapareciendo sucesivamente y la claridad de la luz haciéndose más fuerte, hasta llegar a las partes de Jesucristo en que la luz alcanza su máxima pureza y resplandor. La Verdad nunca cambia, lo que cambia es la comprensión que de ella hacen los hombres. A través de los siglos esta comprensión ha venido continuamente mejorando. En verdad, lo que llamamos progreso no es más que la expresión exterior correspondiente a la idea cada vez más adecuada y amplia que se van formando los hombres de Dios.

Jesucristo recapituló esta Verdad, la enseñó cabalmente y a fondo, y sobre todo la encarnó, es decir, la demostró en su propia persona. Ahora muchos de nosotros podemos tomar en parte la idea de lo que debe significar la plenitud de este mensaje, y de lo que sucedería de alcanzar una comprensión completa del mismo. Pero lo que podemos demostrar es algo muy diferente. Aceptar la Verdad es el primer paso, pero poco hemos adelantado hasta que no la probemos en nuestras acciones.